

Aporías y contraluces en torno al llamado *arte paleolítico*

José M. Gómez-Tabanera*

RESUMEN

En el presente trabajo se analiza la cuestión de si las manifestaciones gráficas que conocemos como arte paleolítico pudieron ser secuela de reflejos condicionados, los mismos desvelados por el fisiólogo ruso Iván P. Paulov hace un siglo. Reflejos que pudieron manifestarse en el comportamiento simbólico del Homo sapiens desde el Paleolítico superior, dando vida al denominado arte prehistórico, que hoy conocemos por su mismo legado en distintos santuarios prehistóricos, en ocasiones fruto del ejercicio del chamanismo, cuyas manifestaciones cabría así registrar ya en la Prehistoria, según las tesis de J. Clottes y D. Lewis Williams, disponiendo de un particular utillaje a la vez que se daba vida a mitologemas relacionados con las configuraciones cavernarias, las cuales en más de una ocasión pudieron evocar el mismo útero materno, que hace posible la vida animal. Así cobrarán especial significación determinados ritos paleolíticos, más o menos asociados a los orígenes del arte prehistórico. De esta forma la mujer logró dentro de la sociedad paleolítica un papel hoy quizás solo vislumbrado en concretas formas escultóricas, como las mismas venus, teniendo asimismo la mujer su particular papel en el chamanismo prehistórico, a considerar como una primera institución, cuyos legados nos llegarían con el mismo arte paleolítico.

SUMMARY

In this essay we consider the possibility of that the artistic expression know as paleolithic art could

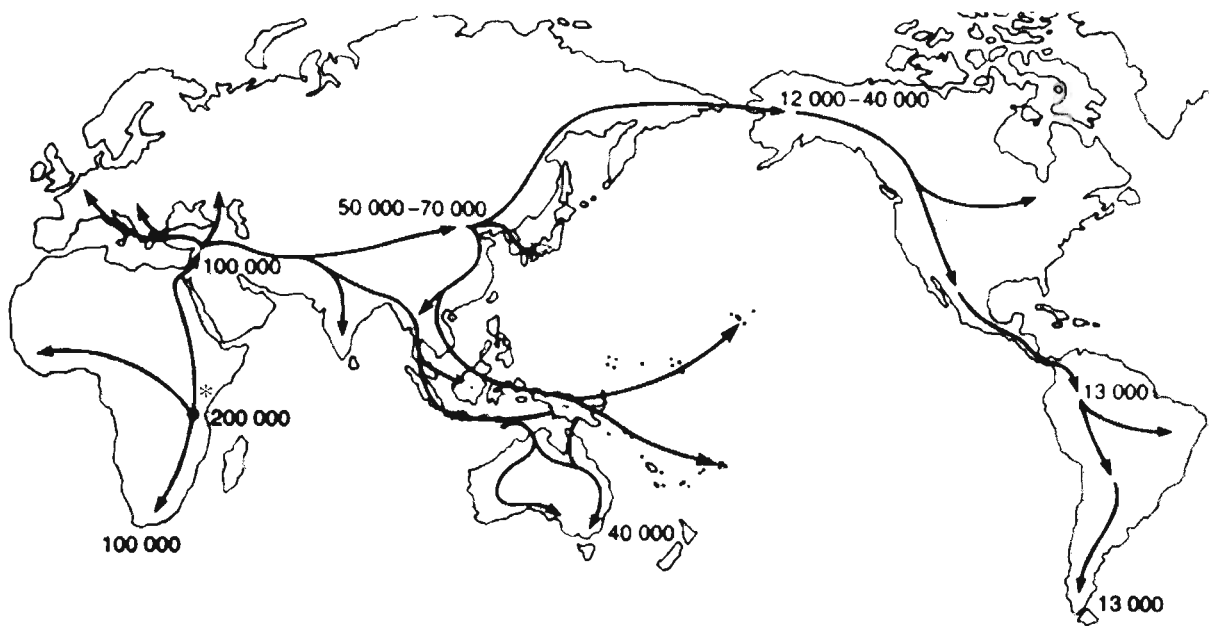
be a consequence of conditioned responses, like the ones which the Russian physiologist Ivan P. Pavlov discovered one century ago. Those responses could have appeared in the symbolist behavior of the Homo sapiens from the Upper Paleolithic, giving rise to the so called prehistoric art, which we know nowadays thanks to its legacy in different prehistoric sanctuaries, sometimes as a result of the chamanism, the expression of which could be dated in the Prehistory, according to the theories by J. Clottes and D. Lewis Williams, having particular tools and giving rise to mythologems related to the cavern configurations, that sometimes could have evoked the uterus itself, which makes the animal life possible. This way some paleolithic rites, more or less related to the origins of prehistoric art, will take on special significance. This is how women reached a role which nowadays we can just discern from concrete sculptures, like the venus ones; women had also their particular role in the prehistoric chamanism, that could be considered as a first institution, the legacies of which would reach us with the paleolithic art itself.

PREÁMBULO OBLIGADO

Bajo el presente título se pretende revisar diversa problemática con la que se enfrenta actualmente —mayo de 2003— todo estudioso del arte paleolítico, al cumplirse algo más del siglo y medio de su descubrimiento por la arqueología.

Así, ante todo, diré que entendemos por *aporía* —de acuerdo con lo que se contiene en los diccionarios—, la «dificultad lógica insuperable de un problema especulativo», y *contraluces*, plural de *contraluz*, «aspecto que presenta una cosa vista desde el

* Antropólogo e historiador.



Planisferio en el que de forma somera se indican las hipotéticas directrices de dispersión que pudo conocer en la era paleolítica el llamado *arte cuaternario* o bien el artista chamán, cuya invención y utilización se le atribuye. No obstante, las dataciones que se dan para África y Próximo Oriente son aleatorias si se tiene en cuenta que no está probada la adquisición del raciocinio por un homínido anterior al *Homo sapiens sapiens fossilis*, o coetáneo del mismo, como el *Homo sapiens neanderthalensis*. Por otra parte, su expansión por el océano Pacífico no debió ser anterior a los 5000 años BP.

lado opuesto a aquel por el que le viene la luz»¹. La apelación *contraluz* me fue sugerida tras la lectura del trabajo del profesor Marc Groenen *Ombre et lumière dans l'art des grottes*, no hace mucho traducida a la lengua castellana², y en la que se contienen aportaciones muy notables para nuestro campo de investigación, que permiten revisar bajo nuevas perspectivas, desde las aportaciones de H. Breuil y epígonos, hasta la de Max Raphael, A. Laming Empeyre, A. Leroi-Gourhan y otros³, referidas a un mejor conocimiento de espeluncas, cavidades y abrigos, contenedoras del hoy llamado *arte paleolítico*, y tam-

bién por lo que hoy sabemos de sus presuntas manifestaciones al aire libre⁴.

Asumimos, empero, el concepto de *arte paleolítico*, siguiendo manidas pautas de la comunidad académica, aunque hoy se piense que las manifestaciones gráficas, pictóricas, incisas, talladas y esculpidas así denominadas más que arte (*tekne*), debieran ser vistas como signos, símbolos o grafemas de diversa entidad, cuyo estudio corresponde más bien a la llamada *Semiótica* o *Semiología*.

Por otra parte, no es ocioso recordar que el llamado *arte paleolítico* (prehistórico) se hizo evidente en Europa en la segunda mitad del siglo XIX, tras la configuración de la Prehistoria como disciplina un tanto novedosa, a vincular a las ciencias históricas en conjunción con las naturales. Ello sucede por los mismos años en que se inventa el psicoanálisis, a la vez que se avanza en la flamante paleontología humana y en la diferenciación de disciplinas más bien naturalistas, que abundan en el mejor conocimiento de los seres vivos.

¹ Ambas definiciones proceden de MOLINER, M. (1998). *Diccionario de uso del español*. 2.ª ed. Gredos. Madrid. En el *DRAE* figuran respectivamente «enunciado que expresa o que contiene una inviabilidad de orden racional» y «vista o aspecto de las cosas desde el lado opuesto a la luz».

² GROENEN, M. (2000). *Sombra y luz en el arte paleolítico*. Ariel. Barcelona.

³ Las referencias bibliográficas a recordar abarcarían cientos de autores y títulos. Sugerimos que el lector se aproxime a la bibliografía contenida en SANCHIDRIÁN, J. L. (2001). *Manual de arte prehistórico*. Ariel. Barcelona, el más reciente en lengua castellana sobre el tema que nos ocupa. De todas formas, obras de referencia como VV AA (1984). *L'art des cavernes*. París, e incluso BREUIL, H. (1952). *Quatre cents siècles d'art pariétal*. Montignac, prácticamente no existen en la bibliografía española.

⁴ En los últimos años la cuestión ha suscitado interesantes aportaciones y estudios. Aquí basta con referirnos al Coloquio Internacional *L'art paléolithique à l'air libre. Le paysage modifié par l'image*, que tuvo lugar en Tautavel-Campôme (Francia), en octubre de 1999, con actas en preparación.

Ello ya fue puesto de manifiesto hace ahora exactamente un siglo —en mayo de 1903—, cuando en un congreso internacional celebrado bajo el patrocinio de la Universidad de Madrid y los auspicios del Colegio de Médicos de la capital de España, el fisiólogo ruso Iván P. Paulov (1849-1936) presentó una extraordinaria ponencia refiriéndose a los que denominaría *reflejos condicionados*, que abriría inéditas perspectivas en el estudio de las glándulas gástricas y su correlación con la actividad nerviosa de los animales y humanos, que se refleja en el córtex cerebral. La importancia de la aportación fue tal que al año siguiente (1904) le sería concedido a Paulov el Premio Nobel de Medicina.

Inicio pues mi trabajo con esta referencia, que a muchos se les antojará totalmente ajena a lo que se quiere tratar, más si no se han detenido a meditar en algo que un decenio después el analista vienés Sigmund Freud puso en evidencia⁵: la importancia del cerebro y su función (*psiquismo*) en el comportamiento de todos los seres vivos, expresándose en la llamada *consciencia*, salvo en el caso concreto del hombre, animal dotado de razón, y en el que se expresa como *autoconsciencia* mediante *pulsiones*, que se manifiestan imbricadas entre *naturaleza* y *cultura*, ello porque ya ha pasado de *Homo erectus* a *Homo sapiens sapiens*, al emerger una nueva subespecie en la que la *pulsión fisiológica* influye en el instinto, en la representación y en el objeto, haciendo posible así que el género *Homo* se manifieste en una organización social compleja, merced a la conjunción de los cuatro hilos conductores de la evolución humana, que se expresan biológica, técnica, psíquica y socialmente. De no ser así, no hubiera emergido hace ya más de cien mil años el *Homo sapiens sapiens fossilis*.

Volviendo a la efeméride recordada, cabe asi-

⁵ El concepto de *pulsión* que intentó definir S. Freud no difiere prácticamente del de *reflejo condicionado*, elaborado a su vez por el ruso I. Paulov, desvelado en 1903, en Madrid. No obstante, diferencia un tanto en el mismo la exteriorización del hambre, la sed y otras necesidades somáticas del instinto, y señala un factor de motricidad en el organismo con vistas a una acción específica que proporcione una necesidad física. Presenta cuatro características, al tratarse de un *impulso* siempre activo, de origen somático, que busca la realización de un fin mediante un objeto contingente. Conviene subrayar que Freud aplicó tal definición al impulso sexual, y, en sentido amplio, a la sexualidad infantil (oral, anal, fálica, etc.). Posteriores investigaciones de J. Piaget y otros han venido profundizando en la cuestión durante el pasado siglo. Por nuestra parte, desde hace años venimos asimilando el concepto de *pulsión* al de *ritmo*, de acuerdo con la enciclopedia AVENSU, E. S., y WHITFIELD, P. (coords.) (1981). *Los ritmos de la vida*. Ed. en castellano. Debate. Madrid.

mismo señalar que doce años después del desvelamiento científico de los llamados *reflejos condicionados* por Paulov fue cuando el neurólogo S. Freud pudo concretar su concepto de *pulsión*, que venía elaborando desde un decenio atrás y que le serviría para intentar explicar las necesidades sexuales del hombre y del animal, de forma pareja a la que origina la pulsión de la nutrición. Henos así ante pulsiones que como espoletas o excitaciones somáticas pueden manifestarse, ya en la sexualidad, ya en funciones de autoconservación (hambre, sed, etc.), caracterizando las grandes necesidades de nuestro organismo, ya seamos animales u hombres.

Ignoramos si el término *pulsión*, como se transmitiría al castellano el neologismo alemán *trieb* (que viene de *trieben*, ‘empujar’), quiere expresar el mismo síndrome desvelado por Paulov. Solo diremos que la noción de *pulsión* en Freud serviría para señalar un factor de motricidad en el organismo, una fuerza *motriz* instintiva, susceptible de llevar a una acción definida, expresándose en los seres vivos ante concretos estímulos, como, pongamos por caso, los que promueven los vuelos rituales de las abejas cuando topan con arriates de flores melíferas, o estimulando con una señal concertada las glándulas salivares de los famosos perros de Paulov.

No es cuestión aquí el discutir si Paulov se adelantó a Freud, o si este, en otro tipo de experiencias, llegó a conclusiones parejas. Solo diremos que a nuestro juicio, tanto para el *reflejo condicionado* pauloviano como la *pulsión* freudiana, pueden ser fundamentales a la hora de intentar explicarnos los logros de unos primates que, tornados en homínidos, tras pasar al bipedismo, conocer la liberación de la mano para su uso obligado en la locomoción y conseguir el desarrollo cerebral, pudieron lograr, cientos de milenios más tarde, dos nuevas conquistas: la prolongación de la mano mediante el útil y el lenguaje hablado para una testa, provista de una faz capaz de una mímica singular, a fin de cuentas otro lenguaje. Conquistas posteriores serán el logro del animismo, la elaboración de los primeros mitologemas en relación con el que cabría llamar *paisaje materno* o matriz y las primeras conquistas metafísicas.

EXPEDIENTE X: DEL RITMO AL GRAFISMO Y AL ANIMISMO

Especulando podemos muy bien remontarnos por lo menos a dos millones de años atrás y situarnos en el universo del *Homo habilis* y sus primeras



Posición de las manos para tallar un canto rodado y extraer una lasca lítica, técnica primaria usada por los primeros homínidos.

adquisiciones de técnicas de fabricación actuando sobre guijarros y otras materias primas, mediante estereotipos mentales. El dominio logrado en la talla de la piedra a la hora de obtener *choppers* y *pebbles*, para utilizar mayormente en acciones venatorias y carroñeras, permite que en el transcurso de los milenios pueda acceder a sucesivos horizontes paleolíticos en los que habrá de vivir hasta unos cien mil años atrás, pasando de *Homo ergaster* a *Homo erectus*, con su dominio del fuego, nada prometeico que sepamos, a *Homo antecessor* o como queramos denominarle, hasta unos ciento cincuenta mil años después, cuando se manifiesta la subespecie *Homo neanderthalensis*, quizá unos cincuenta mil años antes de la aparición del *Homo sapiens sapiens*.

Subespecies que inventan y conforman nuevas formas de útiles líticos, de los que nos da razón la arqueología prehistórica, partiendo de nuevos horizontes técnicos que imponen el tránsito desde una evolución cultural dominada por los ritmos biológicos⁶ a otra dominada por los fenómenos sociales, la adquisición de una particular capacidad de simbolización e incluso el dominio de los instintos, merced a la conjunción de causalidades biológicas.

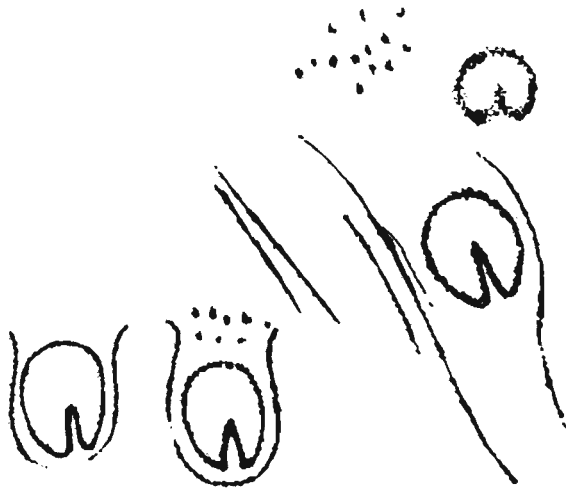
Henos así ante un momento álgido de la hominización, que supondrá para la subespecie dominante la utilización masiva de otros «útiles», ahora de carácter intelectual, como pueden ser el lenguaje articulado, la percepción auditiva diferenciada con la captación, incluso de ritmos, y un desarrollo selectivo del olfato. Virtualidades todas ellas de las que apenas se ocupa la paleontología humana, al ser privativas mayormente de partes somáticas «blandas», no susceptibles de la fosilización, pero de las que hoy puede saberse mediante estudios exhaustivos de los restos dejados por homínidos fósiles, no solo tras revisiones de moldes endocraneales y reconstrucción de aparatos fonadores, sino en el mismo registro arqueológico⁷.

Las partes blandas a que aludimos solo se conocen merced a impresiones aleatorias de regiones nasales o de órganos auditivos, pero nos pueden ya dar idea de particulares desarrollos gustativos y olfativos, que junto con las facultades simbólicas del lenguaje han podido ser consideradas junto con la importancia que asumen las *pulsiones* sexuales a que aludió Freud y que muy bien pudieron alentar los inicios de la función simbólica, originando así los primeros grafismos y símbolos de atribución humana, a datar 50 000 años BP, identificándolos con formas vulvares⁸.

⁶ En manera alguna cabe confundir *ritmos biológicos* con los llamados *biorritmos*, cuya denominación se refiere a las pulsiones del que habría de considerar *reloj biológico* del hombre, a localizar en el cerebro, presidiendo el llamado *ciclo circadiano* de veinticuatro horas de sueño y vigilia del *Homo sapiens sapiens* y cuyo estudio, que incluyen los fenómenos de biorretroalimentación del cerebro, da luz sobre el rendimiento físico, emotivo e intelectual diario de cada individuo.

⁷ Así, y entre otros, el hallazgo que de unos decenios a esta parte viene haciéndose de *hioides* o huesos sublinguales, en fósiles de subespecies homínidas como el *Homo neanderthalensis*, y que han hecho especular no solo que el mismo pudiera haber accedido a un lenguaje articulado, sino también algún espécimen anterior, como el mismo *Homo antecessor* de Atapuerca (Burgos), cuestión en la que no se ha pronunciado aún definitivamente la comunidad académica.

⁸ Existe una discusión aún no cerrada en relación con los símbolos o signos a los que cabe atribuir un significado vulvar, interpretación sujeta a controversia tras su asimilación con algunos



Presuntas vulvas y puntuaciones en rojo, encontradas en el llamado *Camarin de las vulvas* (cueva del Pozo del Ramu o Tito Bustillo, Ribadesella, Asturias). Obsérvese en la vulva inferior derecha su posible inscripción en un grafismo *pigomorfo*.

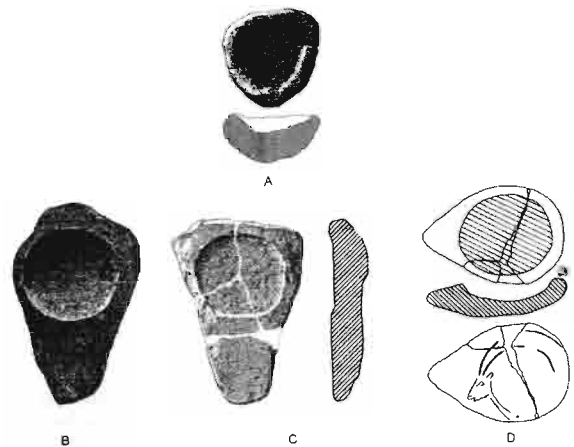
Hoy es bien conocido, mayormente por los pediatras, como J. Piaget y otros, que los procesos educativos que priman en la formación del niño suponen la inmersión, más o menos inconsciente, en ritmos, alternancias rimadas y fonemas particulares, lo que supone que, a la larga, en el *Homo sapiens* los ritmos puedan manifestarse como creadores o reveladores de formas⁹, pero también que los que podríamos llamar *ritmos técnicos* contribuyen a la constitución de los *ritmos figurativos*, que suponen ya las primeras representaciones gráficas de trazo humano estudiadas por la prehistoria.

Siguiendo al finado A. Leroi-Gourhan, tales marcas gráficas podrían remontarse al llamado *châtelperroniense*¹⁰, facies industrial que emerge en la

signos (*ideomorfos*) que han sido objeto de particular atención por parte del finado A. Leroi-Gourhan, pero también de P. Casado y G. Sauvet, en distintas publicaciones (1977). No obstante, cabe señalar que su trazado habría de remontarse a una época del Pleistoceno, en que convivieron *Homo neanderthalensis* con *Homo sapiens sapiens* (50 000 BP), y que tales *ideomorfos* se han asimilado a veces, por su misma situación, con improntas de huellas, pisadas y pistas de animales.

⁹ Entre ellas, representaciones consideradas en sentido psicoanalítico de presuntas imágenes mentales (sueño, alucinaciones, fantasmas, etc.), consecuencia pulsional de experiencias varias, incluso adquiridas mediante disociación mental.

¹⁰ Manifestación tecnocultural que se presenta en el Paleolítico superior inicial, quizá como transición desde el Paleolítico medio, y que cabe asimilar con el llamado por H. Breuil *Auriñaciense inferior*, pero también *Perigordiense I* por D. Peyrony, cuyo fósil director lo constituye la llamada *punta de Chatelperron*, y del que quedan muy escasas evidencias óseas de arte mueble.



Restos de lámparas paleolíticas para ser utilizadas quemando grasas animales mediante mechas idóneas de origen vegetal, encontradas en distintas cuevas del ámbito hispanoaquitano. La D, que presenta en su reverso la cabeza de un cáprido, se encontró en la Grotte de La Mouthe (Francia), y se atribuye al Magdaleniense superior.

Europa cuaternaria en los inicios del Paleolítico superior, marcando su transición desde el Paleolítico medio, a datar *circa* 35 000 años BP.

En los objetos estudiados (soporte óseo) han podido encontrarse series de *muescas* o trazos grabados, que Leroi-Gourhan relacionó con un *dispositivo rítmico* de carácter fonal o declamatorio, hipótesis que presenta asociados tres componentes: motrices, gráficos y sonoros¹¹. Henos con algo así como marcas rítmicas que señalan quizá la transición desde una tecnocultura musteriense a una tecnocultura auriñaciense, y con ello quizá el dominio del *Homo sapiens sapiens* sobre el *Homo neanderthalensis*.

Nos encontramos así metidos de sopetón en la cuestión de la presunta extinción del hombre de Neanderthal, aún no cerrada, dado el escaso conocimiento que se tiene de la subespecie, de su entorno ecológico y de los factores que pudieron labrar su extinción¹². Sin embargo, está el hecho de que tal

¹¹ LEROI-GOURHAN, A. (1984). *Le geste et la parole, vol. 1: Technique et langage*, p. 263. Albin Michel. París. La manifestación sonora a la que nos referimos podría obtenerse mediante *bramaderas*, útiles aerófonos que atados a un cordel producen un zumbido enervante. Parejo al de los *bull-roarers* de los aborígenes australianos, pero también pitos y silbatos óseos, asimismo aerófonos, que pudieran servir de reclamos venatorios sobre animales del entorno. Están también los percutores de tambor (cf. *infra*), utilizados sobre panderos y timbales membranófonos, utilizados por los brujos para entrar en éxtasis o trance.

¹² Sobre dicha problemática, cf. STRINGER, C., y GAMBLE, C. (1996). *En busca de los neandertales*. Ed. Española. Crítica. Bar-

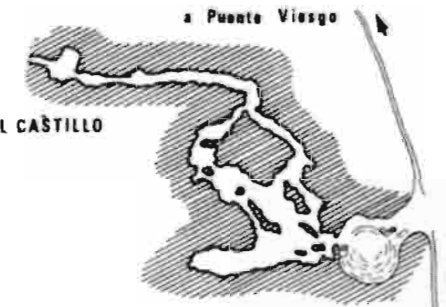


0 100 m.

LAS MONEGAS



LA PASIEGA



EL CASTILLO

LAS CHIMENEAS



LA FLECHA



Restos de utensilios (conchas y vértebras que contienen colorantes y demás) encontrados en el complejo cavernario que alberga el monte del Castillo (Puente Viesgo, Cantabria), descubierto en 1903 por Hermilio Alcalde del Río.



Supuesto chamán siberiano (Tungusia) portando como enseña los cuernos de un reno representado bestialmente a la vez que percute rítmicamente su pandero ritual, según Witsen (1705).

desaparición coincide ya con la emergencia de la actitud simbolista del *Homo sapiens sapiens* como creador «artístico», pero también, a partir de 35 000 BP, de un sinfín de *mitos y rituales* de imposible reconstrucción —incluso apelando a la etnografía comparada—, fruto del imaginario de un *universo demontaco*¹³, al que el hombre intentará sobreponerse y que se manifiesta no solo en su entorno cotidiano, sino también en toda la naturaleza, en la que se incluyen cientos de espeluncas —muchas veces interpretadas como *santuarios*—, como su contenido y creaciones parecen demostrar. Así parece en una de las últimas exploradas —Grotte Chauvet (Ardèche, Francia), descubierta en 1994—¹⁴, con ocupación datada 35 000 años BP, y que pone en evidencia

muchas cosas, quizá demasiadas. Entre ellas, que el hombre paleolítico, oficiando de «artista», pudo operar en su interior no solo utilizando simplemente sus manos, sino también útiles concretos (buriles, pinceles, colorantes, pigmentos, candelas y antorchas, e incluso utilizar cubículos y paraderos), mientras ejecutaba sus grabados, pinturas policromas e insculturas en condiciones materiales harto precarias. Algo parejo pudo suceder en las espeluncas de Lascaux (Montignac), Niaux (Ariège), Font-de-Gaume (Les Eyzies de Tayac) y Rouffignac (Dordogne), de Francia, y Altamira (Cantabria) y Ardines-Tito Bustillo (Asturias), de España, entre otras.

Todos estos resultados, más o menos espectaculares para la arqueología prehistórica, nos permiten ya saber que el *Homo sapiens sapiens fossilis* pudo servirse de diferentes ritmos: ritmos motores en la realización técnica de sus obras; ritmos visuales vinculados a la repetición de formas; ritmos sonoros en la medida en que las figuras evocadas no encontraban su sentido más que al hacerlas soportes de rituales, canturreos y danzas rítmicas en el curso de las celebraciones, con un jefe de ceremonias, quizá un *chamán*¹⁵,

celona. La cuestión ha sido tratada, asimismo, por nosotros en el XXVI Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza, abril de 2001), en la comunicación «Los fósiles de Sidrón (Piloña, Asturias) y la cuestión de la extinción del *Homo neanderthalensis*».

¹³ Tal concepto obedece a una primera experiencia religiosa basada en el *animismo* (vid. *infra*).

¹⁴ Cf. al respecto CHAUVET, J. M.; BRUNEL, E., y HEIRE, C. (1995). *La grotte Chauvet*. Seuil. París. Dicha cueva contiene más de trescientas figuras grabadas y pintadas en rojo y negro, entre las que figura una fauna «peligrosa» pintada junto a distintos signos, a lo largo de unos 10 000 años.

¹⁵ Para una definición concretizada del mismo, cf. *infra*, parágrafo 3.



El chamán Tulayer, de los Karagass, Siberia
(foto de Andreas Lommel, 1967).

aunque no se descarte una *chamanesa*, como personaje en cierto modo obligado, cuya mente dialógica orienta y alimenta conjuros y encantamientos, a la vez que crea coreografías y rituales. Evocación esta un tanto imaginativa, que incluso trasciende de las que podría sugerir la flamante antropología del género¹⁶.

De todas formas, estamos ante una extraordinaria simbolización que se expresa sobre la motricidad, la percepción y la acumulación material de representaciones, y donde los movimientos psíquicos de sus creadores o creadoras pueden exteriorizarse en tales experiencias como una simbólica puesta en forma. Pensamos que la necesidad de tal trabajo de representación correlativa de una manifestación pulsional consiste en la utilización mediante ráfagas perceptivas, ya de la imagen, ya de la palabra, ya del conjuro, ya del canturreo, con objeto de dominar la angustia ante el futuro ignoto, la muerte y la conciencia de incapacidad de domeñar el mundo circundante (incluido el llamado *universo demoníaco*), más cuando el bestiario representado lo constituye una fauna harto «peligrosa» con la que evita enfrentarse el cazador paleolítico.

Por otra parte, numerosos prehistoriadores han subrayado que no hace falta interpretar las representaciones gráficas como algo más bien virtual, cual trans-



Fotografía de un chamán tunguso Nerchinsk, Trabsbaikalia (Rusia zarista), 1913, despojado de la máscara que utiliza y que le infunde su condición. Los colgantes y pendientes metálicos sustituyen a los amuletos óseos que pudo portar en el Paleolítico (foto de M. Mercier, 1977).

posición simbólica. A este respecto no hay que echar en saco roto juiciosas observaciones relativamente recientes de Clottes y otros, referidas al detallismo de tales representaciones, y que quizá configuraran la *pulsión* que se pretende satisfacer, y que, de acuerdo con D. W. Winicott¹⁷, nutriría la actividad creadora del arte, la vida imaginativa y el creacionismo humano, sin descartar una especie de amago de religiosidad que se expresaría en un elemental animismo.

De planteamientos parejos, fruto de la especulación de antropólogos como E. Tylor o J. G. Frazer,

¹⁶ Sobre esta, cf. *infra*.

¹⁷ WINICOTT, D. W. (1975). *Jeu et réalité. L'espace potentiel*. Trad. del inglés al francés. Gallimard. París.



Chamán buriato enmascarado. A su lado, una de las varas caballares utilizadas en su función ritual, evocando al caballo que le sirve para trasladarse al más allá. Con dichos artefactos, en cierto modo asimilables a las escobas de las brujas de los cuentos populares, los chamanes pretendían poseer la facultad de curar diversos males y abscesos (foto de M. Mercier, 1977).

pudo salir al paso el finado Leroi-Gourhan, arguyendo que las figuraciones y grafismos varios que se presentan en el arte prehistórico nacen de mitos que pudo forjarse el hombre paleolítico (*mitogramas*), creando pictogramas que alimentan su *animismo*, el cual dará vida quizá a sus primeras experiencias mágicas y religiosas. De suceder así, cabe pensar que no anduvieron demasiado descaminados R. Otto y R. Pettazzoni al pensar que los *ritos* que afloran desde el alba de la humanidad pudieron surgir en función de los *mitos*.

LA CUESTIÓN DEL CHAMANISMO EN LA PREHISTORIA

En este punto cabe quizá reconstruir el universo prehistórico dentro de la teorización general, solo

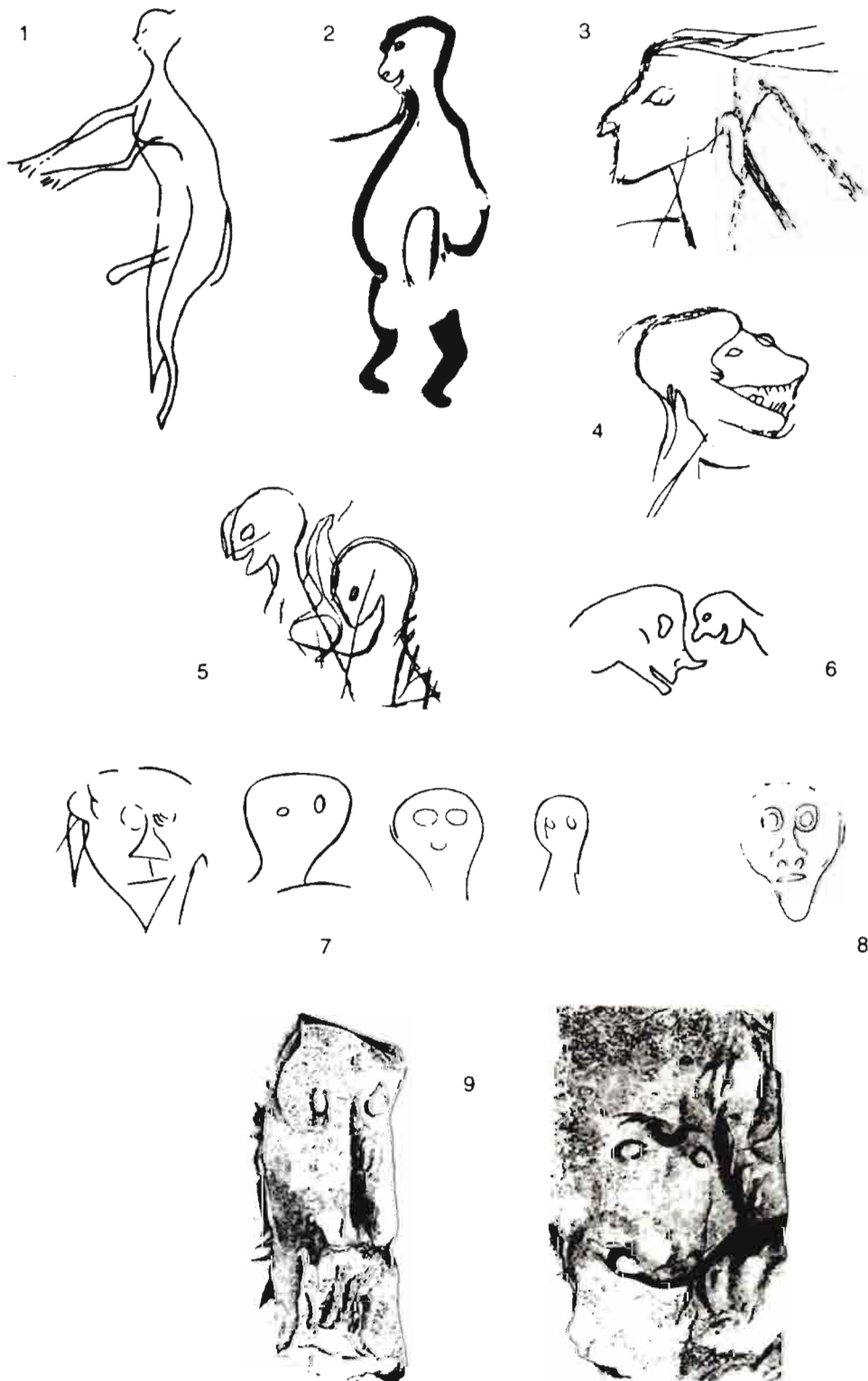
viable tras considerar a la antropología apta para estudiar las realidades de larga duración, tales como la lengua, el parentesco, lo simbólico y la religión, pero también para tener en cuenta la relación del hombre de todas las épocas con el entorno y el marco material de su vida social. En resumen, eso que llamamos cultura o civilización, aunque siempre dentro de su concepción como una *antropología cultural* o *antropología social*, que estudie incluso a la gente de la Prehistoria como «grupos sociales» que siguen reglas de conducta o *modelos* normativos sobre los que reposan las estructuras comunales¹⁸.

Es obvio que hoy por hoy es imposible conocer cómo ocurrió entre los primeros *Homo sapiens sapiens*, últimos testigos de una hominización millonaria, que presenta un neocórtex con «grupos de parentesco» avanzados, a denominar *horda*, *banda*, *grupo extenso* o *familia*... Colectividad que por lo general no pasaba de sesenta individuos que señoreaban, ya en un territorio, ya en otro, consolidando relaciones sexuales y asegurando la educación y socialización de los más jóvenes.

Se ignora, y quizás se ignore siempre, cómo surgieron tales estructuras y las categorías que darían origen a los primeros sistemas de parentesco, que quizá hagan posible la emergencia del *totemismo*¹⁹, la exogamia y peculiaridades varias. Solo puede pensarse que al ser el *Homo sapiens* un ser gregario, su residencia, ya paraderos más o menos acondicionados, como vestíbulos de grutas, abrigos naturales (nunca cabe hablar del *hombre de las cavernas*) y campamentos varios, se regiría por normas que no pudieron escapar a la llamada *filiación* y el surgimiento de familias, ya nucleares, ya extensas, regidas por sistemas de parentesco que solo cabría reconstruir mediante la etnología comparada y el estudio del lugar arqueológico de que se trate —casi en base de conocimientos arqueológicos— y que poco o nada pueden desvelarnos muchas veces, aun cuando se apele a un análisis componencial y planteamientos ya

¹⁸ La bibliografía sobre el particular presenta orientaciones varias, según escuelas. Para una puesta a punto actual, cf. LABURTHER-TOLRA, P., y WARNIER, J.-P. (1993). *Etnología y Antropología*. Akal. Madrid.

¹⁹ Sistema parental aún en uso entre pueblos cazadores y recolectores e incluso agricultores, que ha originado compleja bibliografía. Se basa en un antecesor común para un grupo (*clan*), que lo mismo puede ser un animal, una planta o un accidente geográfico. Los descendientes de un mismo tótem no pueden casarse, so pena de *incesto*, por lo que normalmente se atienen a una normativa *exogámica*.



Representaciones, un tanto caricaturescas, de figuras de homínidos en el arte cuaternario hispanoaquitano. 1. Sous-Grand-Lac (Francia). 2. Le Portel (Francia). 3 y 4. Masat (Francia). 5. Cueva de los Casares (Guadalajara, España). 6. Cueva de Rouffignac (Dordoña, Francia). 7. Varias «faces» vislumbradas en la Grotte de Marsoulas (Francia). 8. Rostro de la Grotte de Labastide (Francia). 9. Presuntas «máscaras» creadas utilizando los propios relieves de la roca, vislumbradas en las cuevas de Altamira (Cantabria). (SANCHIDRIÁN, 2001).



Figuración ideal del *Homo sapiens sapiens fossilis* según un dibujo del artista checo Burián (1959).

emic, ya *etic*²⁰ que, unidos a otros planteamientos estructuralistas, pueden derivar al estudio de concretos fenómenos simbólicos, entre los que habrían de figurar presuntas «creencias», pero también a la evocación, ya de lo «sobrenatural», ya de lo sagrado, teniendo como corolario la aceptación del *animismo*²¹, que surge de un movimiento de participación en el entorno en que se vive; una división entre mundo visible e invisible; un culto a los antepasados o *manes* (*manismo*); la creencia a veces en un alma doble y en que las almas o los espíritus puedan manifestarse ya como animales, ya como *démenes* (genios, duendes, espectros, fantasmas, etc.), alimentando una primera experiencia religiosa a la que acaban sobreponiéndose dogmas metafísicos o morales, a la vez que *mitos*, las mismas elaboraciones mentales que, líneas atrás y

²⁰ Sobre la cuestión, PIKE, K. L. (1954, 1955, 1960). *Language in relation to a unified theory of the structure of human behavior*, 3 vols. Summer Institute of Linguistics. Grendale (California).

²¹ Hipótesis de trabajo formulada a mediados del siglo XIX por el antropólogo inglés E. Tylor sobre la base de la creencia entre diversos pueblos primitivos o avanzados en *ánimas* (almas) o espíritus que pueden influir en la vida humana, nutriendo así las primeras elaboraciones «religiosas».

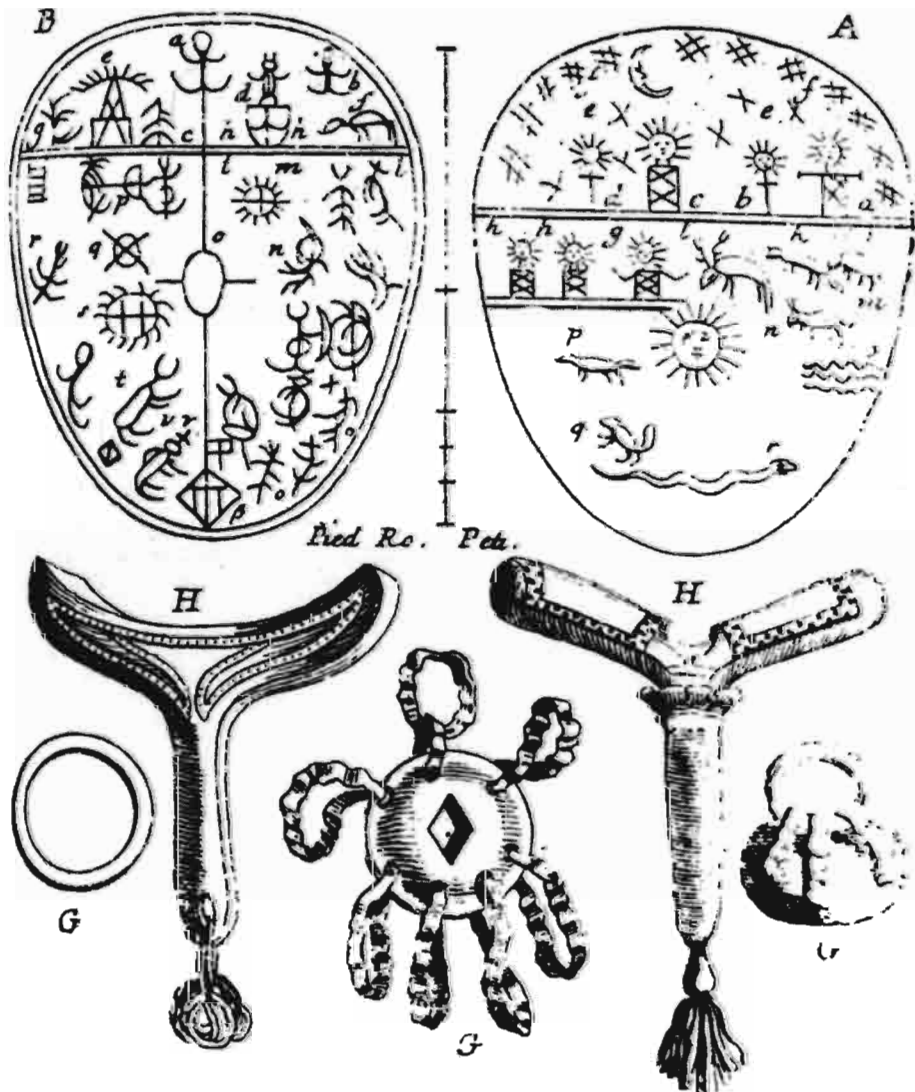


Escena que se encuentra en el llamado *puit* de Lascaux (cueva de Lascaux, Rouffignac, Francia), y que representa a un bisonte eviscerado embistiendo a un humano itifálico, quizá el chamán que intentó capturarlo.

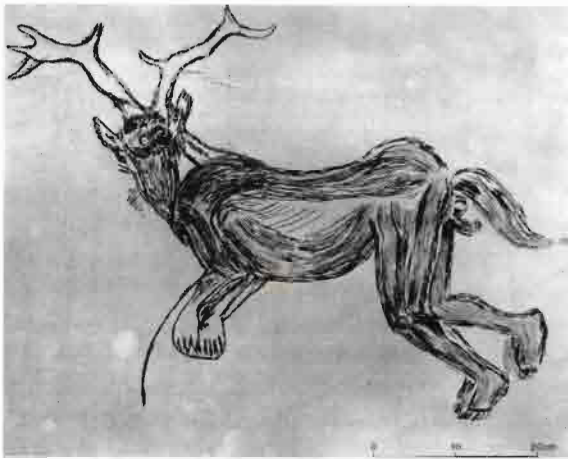
en el hombre prehistórico, pudieron dar lugar a los *mitogramas*, ya aludidos, hoy de imposible averiguación, y que quizá inspiraron el llamado *arte paleolítico* y ritos mágicos, quizá un tanto parejos a los aún practicados en sociedades arcaicas o entre pueblos ágrafos que viven de la caza y la recolección.

Henos ante un mundo ignoto y perdido en el que lograron particular valor los amuletos, fetiches e *ítems*, al igual que elaboraciones metonímicas (por las que una parte figura el todo), las metáforas, las adivinaciones y particularmente, y aquí es donde vamos, el que habría de denominarse *arte paleolítico*, casi siempre producto de intereses conceptuales y semióticos, pero también consecuencia de creencias, fruto del desdoblamiento de la personalidad, la bilocación, la presunta adquisición de un doble no humano (*nagualismo*), y, sobre todo, de la acción del *chamán*²², individuo que puede vivir en un estado

²² La voz *chamán* se impuso en la Europa del siglo XVII desde la Rusia zarista, denominando a una «clase de hombres», los Tungusos (*evenkos*), gentes que vivían mayormente de la caza y el pastoreo de renos en Siberia. La voz original *sáman* se asimiló a ciertos individuos que los buriatos, mongoles y calmucos denominaron *bö*, los yakutos *ojun* y los turcotártaros *odügan*. Con dicho nombre se denominaba a una persona dotada de particulares poderes que velaba por la salud del grupo al que pertenecía y curaba enfermedades específicas e incluso mentales. Podía ser hombre o mujer, aunque estas conocieran períodos de impureza. No eran raros chamanes de sexo ambiguo (homosexuales). Los *chamanes* creían firmemente en que participaban e influían en las fuerzas inmanentes del mundo, incluso animales y humanas, pero también elementos como el agua o el viento, sintiéndose con fuerza y aptitudes para viajar a los cielos o los infiernos, entrando en trance o en éxtasis, merced a poderes mágicos particulares, lo que les per-



Tambor de chamán con diversas representaciones figuradas en el parche de su pandero ritual. Abajo, diversos bastones o percutores de tambores en asta de reno, en T, y objetos profilácticos y amuléticos de los chamanes o lapones del siglo XVII (según Schaeffer, *Laponia*, 1673).



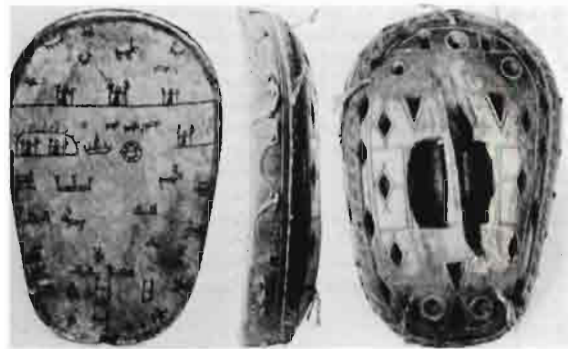
Calco del denominado *Le sorcier de la grotte des Trois Frères* (Ariège, Francia), ejecutado por H. Breuil. En esta representación supuestamente antropomórfica se ha querido ver un chamán paleolítico enmascarado ejecutando ritos propiciatorios de caza, pero también un ser imaginario en el que confluyen características animalísticas de diversas especies, en un intento de representar a un Ser Superior, señor de la caza (*Despotes theron*), deidad omnipotente y omnipresente del Paleolítico y que ha venido a constituir uno de los documentos más controvertidos de todo el arte cuaternario conocido.

patológico particular, que le lleva desde la impostura a la terapéutica aplicada, constituyendo su hipotética presencia en las sociedades cazadoras-recolectoras del Paleolítico una auténtica institución que pudo convertirse en una primera experiencia religiosa. En los últimos años, la admisión del *chamanismo* en el Paleolítico y como hipótesis de trabajo ha sido preconizada por J. Clottes y D. Lewis Williams²³, intentando explicar con su existencia la eclosión del llamado *arte paleolítico*. Idea sugerida bastantes años atrás por etnógrafos como A. Lommel²⁴, etnólogo

mitía incluso asumir un sacerdocio particular entre los suyos. El llamado *comparativismo etnográfico* ha permitido que diversos autores sustenten la posibilidad del *chamanismo* como institución societaria a remontar al Paleolítico superior, y que en los últimos años proliferen las investigaciones en torno a la cuestión. Simplificando y para ampliar esta nota, habremos de referirnos a dos publicaciones relativamente recientes (en lengua española): VITEBSKY, P. (2001). *Los chamanes*. Evergreen/Taschen GmpH. Colonia, y FERIGLÁ, J. M. (2000). *Los chamanismos a revisión*. Kairos. Barcelona.

²³ CLOTES, J., y WILLIAMS, L. (1996). *Los chamanes de la préhistoire. Transe et magie dans les grottes ornées*. Seuil. París (existe ed. española: *Los chamanes de la prehistoria*. Ariel. Barcelona. 2001).

²⁴ LOMMEL, A. (1967). *The world of the early hunters*. Londres.



Dos panderos chamánicos utilizados aún por los lapones en el siglo XIX. Museo Nacional de Estocolmo.

conocedor de excepción de arte rupestre australiano. Sus teorizaciones, al igual que otras nuestras un tanto parejas²⁵, hoy quizá puedan ser revisadas al apoyarse en la observación neuropsicológica de estados de consciencia alterada, ante la pulsión de distintos factores (trances provocados, autohipnosis, enteógenos, etc.) y concretas observaciones clínicas que han permitido el trazado, por los pacientes implicados, de recreaciones gráficas parejas a las que pudieron sufrir en sus alucinaciones, tanto los presuntos *chamanes* de la Prehistoria como de Siberia y otras regiones de la ecúmene, revolviendo teorizaciones antañonas creadas a la hora de reelaborar una concepción unitaria y global de la visión animista del mundo y los mitos a engendrar por los *chamanes*, con sus trances, éxtasis, poderes y demás.

No faltan en el arte paleolítico figuraciones que puedan avalar tal teorización. Desde el famoso *sorcier* figurado en la *grotte* de Les Trois Frères (Ariège, Francia)²⁶ hasta escenas como la del llamado

²⁵ GÓMEZ-TABANERA, J. M. (1988). *Sobre el presunto chamanismo en la Edad de Piedra y su legado*. En I Congreso de Estudios Pirenaicos (Cervera, Lérida), y que al parecer no fue incluida en actas. Incluso otra contribución con nuevas aportaciones al tema, presentada al XXIII Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, celebrado en Eslovaquia (Bratislava, 1996).

²⁶ Cueva integrada en el conjunto kárstico del Volp de numerosas galerías y salas con arte rupestre. El llamado *sorcier* (brujo) se ha interpretado como un individuo figurando quizás una deidad cornuda, que a su vez presenta una mixtura de caracteres animales y humanos, tales como una cornamenta y testa de reno, ojos de lechuga, cola de caballo, falo humano, etc., y que ha descrito D. VIALOU (1986) como una figura de aspecto escénico ajeno a la vida y un tanto poético... A su vez, M. LORBLANCHET (1986) identifica claramente el atributo sexual como humano, y L. PALES, una clara actitud animal. Podría seguirse con docenas de opiniones. Por su parte, LEROI-GOURHAN atribuiría su hechura al Magdaleniense medio.

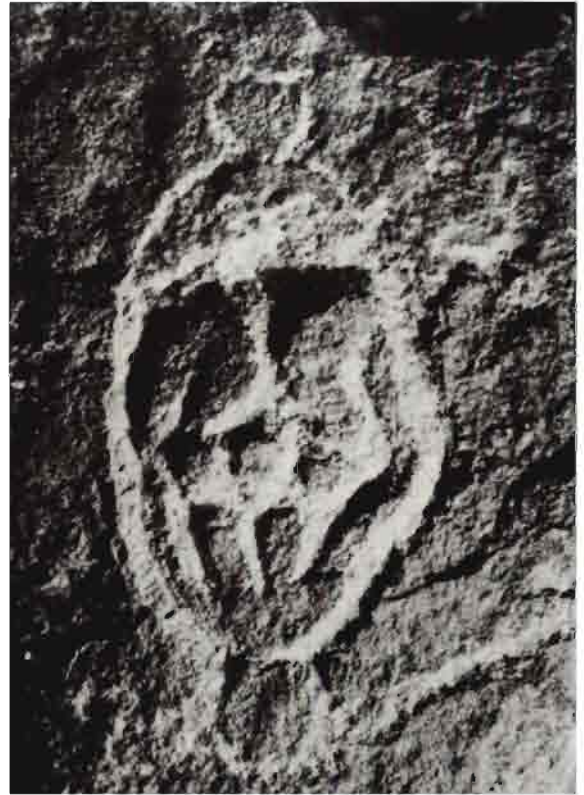


Percutores de factura lapona a utilizar sobre panderos con vistas a precipitar la autohipnosis y visiones sucesivas.

*pozo de Lascaux*²⁷, y alguna otra como componente de mitogramas varios, que no han podido llegar hasta nosotros. No obstante, el conocimiento de determinada ergología (cultura material) proporcionada por los «santuarios» paleolíticos²⁸ hace pensar en la similitud de situaciones, independientemente del análisis de las figuraciones paleolíticas. La evidencia arqueológica no descarta que los presuntos *chamanes* prehistóricos pudieran utilizar distinta parafernalia material, entre la que se encuentran percutores de tambor (a identificar con distintos *batôns de commandement*), encontrados en yacimientos varios del área hispanoaquitana, hasta cierto punto parejos a los utilizados hasta el pasado siglo por los chamanes lapones (norte de Suecia), empleados en tamboriles de piel de ungulados, que en manera alguna han llegado hasta nosotros, aun cuando hasta hoy en determinadas poblaciones del noroeste hispano sigue utilizándose un pandero de fabricación similar para el logro de percusiones rítmicas, casi alucinatorias, en fiestas populares.

²⁷ Sobre la interpretación del mismo existe numerosa bibliografía que no cabe revisar aquí, con independencia de su desciframiento, ya como evocación, como mitograma, como historieta gráfica (cómic) e incluso como «prueba» de la existencia de un *chamanismo* prehistórico. Al interpretarse como un *chamán* al antropomorfo ornitoprosope e itifálico quizás en trance ante un bisonte desventrado en embestida, tras un encuentro con el cazador, mientras que un rinoceronte parece evadirse del escenario. De aceptarse un chamanismo prehistórico, la escena podría quizá interpretarse como «recreación» de un mito con cierta difusión.

²⁸ Dicho concepto se elaboró a mediados del pasado siglo ante la idea de considerar las cuevas y cavernas, en su mayoría de origen kárstico, como «templos» que para el hombre paleolítico fueron escenario de ritos varios, rememorando mitos de origen, a veces totemistas, pero también ceremonias de iniciación o retiros con fines varios, para propiciar la presencia y éxito de la caza, la ayuda de fuerzas superiores y el carácter ctónico de la propia cueva convertida en *santuario*. En los últimos años se ha distinguido entre santuarios interiores, incluso subterráneos, y otros prácticamente al exterior, ambos con arte rupestre, quizá más utilizados ya clausurado el Pleistoceno.



Lastra calcárea encontrada en Laussel (Dordoña, Francia, ca. 1908), de difícil interpretación. Se trata de una figura de unos 20 cm de altura, que parece representar dos personajes opuestos por sus pelvis, a la manera de figuras humanas, según se las representa en los naipes. Una, al parecer, presenta grandes senos, ancho vientre y enormes caderas, y puede interpretarse como una mujer. La otra, más enigmática, es de cuestionada interpretación, hasta el punto de poder imaginar un coito o bien un alumbramiento. Los especialistas no se han puesto de acuerdo, aunque la representación se interpreta a veces como un «parto telúrico» (foto de A. Roussot).

ANTE EL MITOLOGEMA DE LA CAVERNA MADRE

Quizá se impone ahora la revisión de un tema que abordamos años ha²⁹ y que últimamente (1998) lo fue por G. Sauvet y G. Tosello con otro punto de mira³⁰.

Es obvio que el *Homo sapiens* pudo plantearse muy tempranamente, quizá incluso antes de anidar en

²⁹ GÓMEZ-TABANERA, J. M. (1973). La caverna como espacio sagrado en la Prehistoria humana. En *Publicaciones del Instituto de Etnografía y Folklore Luis de Hoyos Sainz*, vol. v, pp. 11-127. Santander.

³⁰ Cf. SACCO F., y SAUVET, G. (1998). *Le propre de l'homme*, pp. 55-90. Lausanne / París.

su neocórtex la idea del *universo demoníaco*, que daría vida al *animismo* como primera experiencia religiosa; pudo ir elaborando desde el Paleolítico medio el que hoy llamaríamos *mitologema de la caverna madre*, intentando explicarse el fenómeno ecológico y paisajístico que constituye una cueva, más si esta es de formación kárstica³¹.

Henos así en los preliminares, un tanto absurdos, para el conocimiento de un presunto ideario configurador de mitos que quizá desde un «universo kárstico» han perdurado desde sociedades de cazadores-recolectores históricas o contemporáneas como posible recuerdo de ritos significativos que se expresan con gestos particulares, tras una particular concepción del *témenos*, y franquear el umbral cavernario, digamos del *porche* de la caverna, que en virtud de concepciones particulares, incluso chamánicas —admitiendo la disociación mental del chamán—, cabe asimilar al útero de la Madre-Tierra, a fin de cuentas órgano fisiológico, que inexorablemente cumplía su función ctónica de conferir vida y encarnar a los distintos seres de la naturaleza, incluido el hombre. Tal configuración de entrada del *porche* de la caverna la hemos podido constatar, incluso personalmente, en cavernas varias de la región cantábrica, de la Dordoña francesa e incluso en los Alpes marítimos (Italia-Francia).

De este modo nos hallamos ante un tipo de asimilación que sigue vigente en el ámbito etnográfico, más cuando se recuerdan tiempos pasados (*in illo tempore*) en que la Madre-Tierra alumbraba a hombres y animales de la misma forma que puede hacerlo con surgencias hídricas y plantas varias.

Henos así ante un mitologema que conoce una difusión ecuménica, incluso al ser denominado un hombre *nacido en la Tierra*: en numerosos pueblos se cree que el espíritu de los niños «emerge» del fondo de la Tierra, de las fisuras e intersticios de las rocas, de las grietas, de las grutas y de las fuentes, de origen subterráneo o no.

³¹ Se denomina *karst* al conjunto de cavidades naturales (con excepción de abrigos bajo rocas) que se manifiesta en una región dada, tras acciones de disolución o erosión sobre rocas carbonatadas calcáreas, y *conjunto kárstico* al conjunto de cavidades, galerías, grutas, simas, etc. que se constituyen a modo de cavidades naturales, que fueron visitadas y reconocidas por el hombre paleolítico de la región hispanoaustraliana. Los fenómenos kársticos han dado lugar a una compleja terminología, a veces solo asumible por el especialista, por lo que muchas veces el prehistoriador habrá de familiarizarse con ella para una adecuada localización de los ítems a estudiar. Para un inventario un tanto elemental de dicha terminología, cf. VV AA, *L'art des cavernes*, ed. cit.

Por otra parte, sabemos que en viejas civilizaciones la gran madre humana se consideraría representante de la gran madre telúrica, limitándose a imitar en su alumbramiento el acto primordial de otorgar la vida —que se supone corresponde a la Tierra—, siendo esta una versión a nivel microcósmico de un acto ejemplar ejecutado por la Madre-Tierra, quizá de carácter cíclico, que da pie a inefables creencias.

Así, cuando entre los ainu (Japón) nace un niño se recuerda a algún muerto con la expresión «no murió, se cayó en el vientre de su hija o de su nieta». Por otra parte, entre nativos del Pacífico sur (papete) se observa cuidadosamente al neonato para ver de averiguar qué antepasado está con él. Ello cuando no se llega a pensar, como los tapirape brasileños, que creen que el alma de los niños por nacer elige el vientre en el que alojarse, por lo que incluso llegan a anidar en el útero de una u otra mujer comprobando en cuál se está más cómodo, valorando incluso risas y canciones. De aquí que entre los tapirape se crea que las mujeres que saben reír con el útero y cantan con todo el cuerpo tienen los niños más hermosos y sanos.

El lector se preguntará a qué viene esto. En realidad, se trata de una serie de concatenaciones estudiadas por la antropología hermenéutica, pero que quizá trasladadas al universo prehistórico tiendan a interpretar o imaginar mejor, un mundo perdido y sus «representaciones artísticas», que parecen reflejar la actitud del hombre ante el espacio y el hecho de que las cavernas, como espacios sagrados, vienen a ser para los chamanes algo así como *espacios significativos*, que se pueden interpretar como un vientre fecundo materno, y que el mismo pueda ser protagonista, tras las investigaciones del analista O. Rank, aventajado discípulo de Freud, de un presunto «trauma del nacimiento» que se iniciaría en el neonato, antes feto, el cual pasó por la experiencia del «viaje por el conducto del parto». Experiencia prenatal, quizá un tremendo choque psíquico, más los acontecimientos subsiguientes de que pueda ser protagonista al nacer y hacerse persona, sin poderse recobrar del estado de bienaventuranza que quizá conoció en el seno materno.

Intentemos trasladar tales consideraciones, quizá sin pies ni cabeza, a la mentalidad del hombre cuaternario —*chamán* con mente disociada o no—, capaz de raciocinio, y como tal, superior a cualquier animal vivíparo y, como él, con precarias perspectivas de supervivencia. Es obvio que el mismo *chamanismo* pudo sugerir un mito de origen por el que el primer antepasado surgiría al mundo exterior tras via-

jar por el «conducto cavernario». De ser así, podría quizá explicarse la idea aún vigente en ciertas comunidades contemporáneas de que la existencia de una mayoría de los seres vivos se debe a la fuerza ctónica de la Tierra.

Ideas parejas vienen elaborando continuamente conocidos espeleólogos ante el espectáculo del interior cavernario, con sus estalactitas y estalagmitas, divertículos, corredores, surgencias, resurgencias, dolinas, pozos, salas, pasadizos cavernarios e incluso lagos y corrientes internas, en cuya contemplación les hace llegar a una auténtica transferencia semiótica, pasando constantemente de un nivel de abstracción a otro sin ser chamanes, ni falta que les hace, aunque lleguen a hacerse a la idea de que realmente pudieron nacer en una caverna, lo que quizá es una «transferencia emocional», y por un momento sus sentimientos filiales confluyen quizá más hacia la caverna que hacia su madre, de la que al nacer se les ha separado, y se produzca así una cierta ansiedad psíquica, sin que se conozca su origen real. Ansiedad observada entre los psicoanalistas que estudian el binomio madre-hijo en el trance de separación, ya que, de seguir a O. Rank, con el nacimiento se produce en el feto un cambio cataclísmico tras la pérdida del estado intrauterino, y, en consecuencia, de la seguridad y necesidades cubiertas, lo que provoca sentimientos de desamparo y angustia, dado que la ruptura del vínculo físico y psíquico con la madre que le otorga calor, sustento y protección es algo que los niveles más profundos de la personalidad jamás aceptan.

Así, siguiendo a O. Rank, cabe pensar: ¿Qué pudo pasar con el hombre de la Era Paleolítica, *Homo neanderthalensis* u *Homo sapiens sapiens*, las subespecies a la sazón vigentes, a quienes los mitos tribales de origen hicieron muchas veces hijos de la caverna? Lo ignoramos, aunque quizá la respuesta del comportamiento chamánico pudo suponer una periódica *penetración* en la caverna, en el seno materno donde —aparte de concretos fines rituales tendentes a provocar la fecundidad del espacio materno—, reaccionaría ante el sufrimiento y la soledad de la vida «extrauterina» y quizás ante los rigores de la existencia cotidiana. De aquí que menudeen los intentos por «reconquistar» el perdido seno materno, sin escatimar procedimientos para llevar a cabo tal retorno, trascurriendo su existencia en una perpetua reivindicación de la vida prenatal y haciendo del mundo, como señaló agudamente hace ya bastantes años el finado antropólogo Ashley Montagu, «un útero con un agujero para mirar».

Tal es a grandes rasgos una posible interpretación psicoanalítica de la concepción maternomística de la caverna por el hombre, quien en virtud de «mitos de origen» pudo creer haber emergido «afuera» desde su interior. Interpretación que puede explicar signos e ideogramas, muchos por descifrar, que se consideran *arte rupestre*, y en los que quizá no se aprecia simbología sexual alguna. No cabe insistir en la cuestión, más cuando tenemos la fácil elaboración de Jung, partiendo de sus *arquetipos*, considerando como tales el establecimiento de binomios tales como madre = tierra y claustro materno = antro cavernario. Y dejando aparte interpretaciones personales, es obvio para muchos que la visita a una caverna puede considerarse el tránsito del *limes* que separa el Cosmos racionalizado y sometido a leyes conocidas y el Caos ignoto, extraño e inconquistado.

Por otra parte, y con independencia de toda interpretación psicoanalítica, aunque sí tras determinadas elaboraciones metafísicas que puede hacer suyas el *chamanismo*, la caverna pudo ser concebida como santuario o marco sagrado, aun cuando presente en su mismo acceso habitáculos no consagrados. Quizá pueda admitirse que el espacio sagrado se delimite a partir de un lugar concreto, de determinados accidentes o de especiales características que imponen una sacralidad inmanente, que lo hagan apto para la celebración de ritos particulares clasificables ya como «ritos de tránsito» (*rites de passage*) y ritos de propiciación del mundo sobrenatural.

Los primeros podrían clasificarse dentro de los observados en el siglo pasado por A. van Gennep como jalones de la existencia humana. Así, la iniciación en el tránsito a la pubertad, el paso de una clase a otra e incluso al arribar la muerte. Entre los segundos y en la categoría de *misteria*, se fundamentarían en la evocación del mundo del mito, en un esfuerzo del hombre por superar crisis de la colectividad, tales como determinados fenómenos meteorológicos (variaciones estacionales, tempestades, etc.); epizootias y epidemias, etc., pero también penurias, escaseces, desequilibrios económicos..., procurando siempre el afianzamiento e intensificación de las relaciones existentes y el *universo demoníaco* del que quizá el grupo se suponía dependiente y con el que podía comunicarse mediante signos y ritos particulares.

Cobra así la caverna como santuario un cierto papel en que el hombre/chamán reafirma una concepción existencial que supone a veces el creer que se ha nacido inacabado, lo que obliga a nacer por segunda vez, al menos anímicamente, haciéndose hombre

completo, pasando de un estado imperfecto embrionario al estado perfecto de adulto. Algo así como la larva del troglóbulo que, inmersa en su canutillo protector durante meses, conoce un estado de crisálida hasta cumplirse su nacimiento como adulto. Es aquí entonces cuando la existencia humana llega a la plenitud, aunque para ello haya de pasar por una serie de ritos de presencia o iniciáticos, de los que quizá den constancia concretas pictografías cavernarias, por ejemplo algunas de las manos que aparecen en las paredes³², y de las que se han dado muy diversas interpretaciones, ya animistas o supranaturalistas, ya profilácticas o medicamentosas, ya votivas, pero también como «ritos de afirmación» con todas sus consecuencias.

Algunos antropólogos han visto en las manos, según sus posiciones estampadas sobre la pared, mensajes sígnicos similares a los utilizados por varias tribus primitivas (sibillet, de Nueva Guinea; bosquimanos, de África del Sur, etc.), queriendo significar, pongamos por caso, especies animales objeto de venación.

Asimismo, se han querido interpretar signos rupestres grabados, esculpidos y pintados, que pudieron ser algo así como *dechados* de símbolos o modelos profilácticos y apotropaicos, utilizados en escarificaciones y tatuajes, como los que ofrece la etnología comparada, sin mayores consecuencias.

No obstante, puede pensarse en grupos de iniciados en prácticas de *chamanismo*, educados desde la mocedad, a los que se les enseñaban pictoideogramas introduciéndoles a particulares formas de fonetización y comunicación ante situaciones particulares. Jugará aquí trascendental papel la *mimesis*, o representación limitada.

Interesa insistir en que toda esta ilación de sugerencias se inspira, quizá abusivamente, en la etnografía comparada. El caso es que entre diversos pueblos ágrafos de cazadores y recolectores, vigentes en el siglo pasado, los jóvenes iniciados lograban descubrir así sus auténticas dimensiones, integradas en una determinada comunidad, adquiriendo conciencia de la asunción de las responsabilidades que les podían corresponder, no solo como curanderos o brujos tri-

bales sino también como chamanes o rectores espirituales.

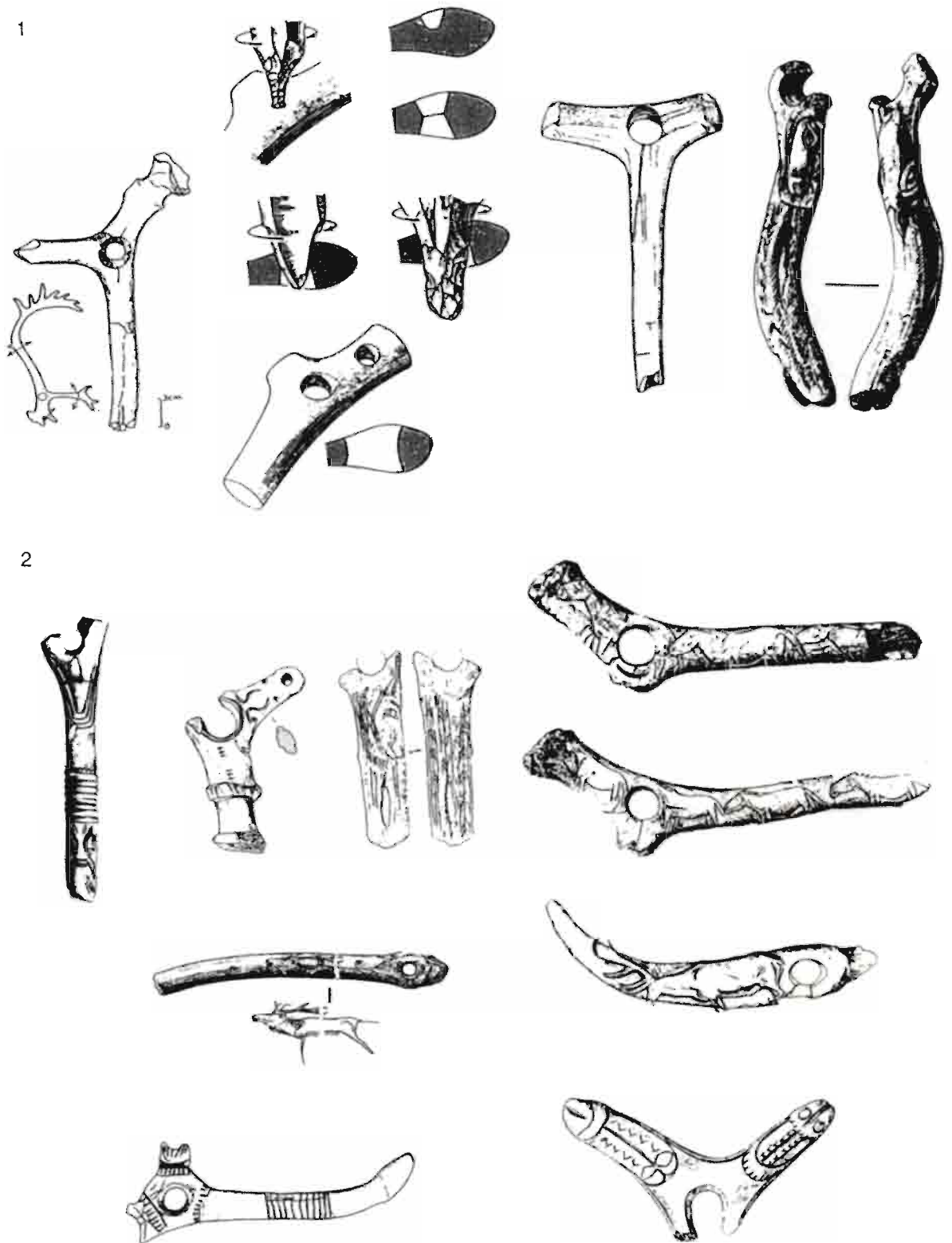
Henos así ante cuestiones apenas estudiadas por los especialistas, incluso a la hora de revisar la semiótica del presunto arte rupestre cavernario, quizá por no asumir debidamente que la caverna pudo presentar una concreta función como santuario o marco sagrado, ya interior, ya exterior, de ritos particulares. No obstante, en los últimos años, el descubrimiento de afloramientos rocosos al aire libre (paisajes no kársticos) de arte rupestre ha hecho dudar de su presunto carácter cultural, como los mismos situados en el interior de la meseta, en Domingo García (Segovia), Siegaverde (Salamanca), Mazouco y Foz Coa (Portugal), piqueteados en esquisto, y a los que algunos sitúan en un horizonte holocénico, al igual que concretos grabados del escudo escandinavo. De tales hallazgos remitimos a su correspondiente bibliografía.

Permítasenos, no obstante, insistir en la caverna como escenario de ritos particulares a situar en concretos parajes identificados debidamente por los espeleólogos y en los que un presunto chamán artista puede considerarse autor de conjuntos pictóricos cuaternarios varios, con representación de animales objeto de encantamiento que quizás expresaron manifestaciones dinámicas de la mítica paleolítica, cuando no de la libido de los oficiantes. Las figuraciones de la Grotte de Chauvet, recordadas anteriormente, pueden corroborar tales ideas, aunque alguna suponga la expresión de algún reflejo pauloviano más o menos subconsciente, la expresión del concepto *pars pro toto* y asimilaciones de distinta clasificación. Parafernalia toda ella a la que no era ajeno distinto arte mueble, incluso *ongones*, de acuerdo con su denominación paleosiberiana, portados por los presuntos oficiantes, sin descartar otras asimilaciones que por fuerza hemos de desconocer.

En esta línea ideal de reconstrucción podría hablarse incluso de «ritos regenerativos», que a veces obligarían al artista, tras un estudio previo de la topografía cavernaria, mediante la oportuna iluminación, a urdir concretas representaciones, dando vida a mitos tribales. Es obligado, ante tales hipótesis, apelar una vez más a la etnología comparada, más al interferir en los ritos la evocación de mitos y poder quizá asegurar los deseados recursos. No obstante, repetimos, quizá todo sean reconstrucciones de entelequia.

Por otra parte, al considerar a la caverna como santuario más que como hábitat, la cuestión se hace más llevadera. A este respecto, las trescientas cuevas

³² Aunque las representaciones de manos, utilizando diversos tipos de pigmentos, han sido objeto de estudios particularizados desde el pasado siglo, siguen manteniendo vigencia las llevadas a cabo por CLOT, A.; MENU, M., y WALTER, P. (1995). *Manières de peindre des mains à Gargas et Tibiran. L'Anthropologie XCIX*, recordadas por M. Groenen. Cf., asimismo, SANCHIDRIÁN, J. L. *Op. cit.*, pp. 228-231.



Fases de ejecución, a partir de asta de reno, de presuntos percutores de tambor y *cetros de autoridad chamánica*. 1. Reconstrucción del proceso de fabricación. 2. Diversos percutores chamánicos, lisos, decorados o con motivos alusivos, incluso fálicos (dibujo de SANCHIDRIÁN, 2001).

de origen kárstico inventariadas entre la región astur-cantábrica y Vasconia y otras tantas en la Dordoña y Pirineos orientales (vertiente francesa) nos han proporcionado, tras siglo y medio de identificación, una enorme cantidad de datos jamás satisfactoria, dada la excavación siempre incompleta de los yacimientos detectados, y al hecho de que aquellas cuevas y abrigos cuyo vestíbulo o *porche* fue utilizado como hábitat no hayan podido proporcionar resultados definitivos y significativos.

Hace ya casi un siglo, W. J. Sollas (Oxford) estableció una serie de concordancias —solo válidas a efectos de etnología comparada— que hoy se nos antojan un tanto ingenuas. Así:

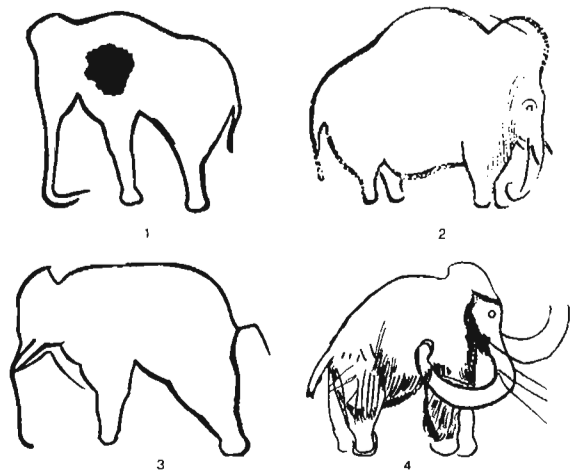
- Eolíticos = Tasmanos
- Chelenses
- Acheulenses
- Musterienses = Australianos
- Aurignacenses = Bosquimanos
- Solutrenses
- Magdalenenses = Esquimales

Henos ante un esquema que pudo deslumbrar a los investigadores de inicios del pasado siglo, al poder comparar a cazadores y recolectores que pudieron estudiar en vivo con el evasivo hombre paleolítico. Paralelamente y poco antes de la primera guerra europea se impondría el célebre manual metodológico de F. Graedner, inmediatamente seguido por el de W. Schmidt; ambos confluyeron en la obra de O. Menghin, cuyo contenido pasaría a ser artículo de fe entre los estudiosos del período de entreguerras, artífice de una visión de la Prehistoria, hoy superada, que intentó fundamentarse mayormente en la etnología comparada.

Legado de tales ideas —aunque objeto de revi-



Restos de un bastón perforado encontrado en el nivel 1c de la cueva del Ramu o Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias) (excavaciones de José A. Moure Ramanillo, 1973).



Cuatro representaciones de proboscídeos, típicas del arte rupestre cuaternario. 1. Pindal (Ribadedeva, Asturias): el *elefante enamorado*, según H. Breuil. 2. Rouffignac (Francia): mamut. 3. El Castillo (Puente Viesgo, Cantabria). 4. Les Combarelles (Dordoña, Francia): mamut.

sión— es la ilación que el autor de la presente comunicación notó años ha entre el percutor del pandero de los lapones suecos, aún utilizado profusamente hace cien años, y del que existen docenas en el Museo Nórdico de Estocolmo, y los bastones perforados (*bâton de commandement*), inventariados entre el utillaje óseo de algún presunto chamán paleolítico que pudo vivir en las cuevas de Ardines (Ribadesella, Asturias), pero a la vez en las vertientes francesas pirenaicas 15.000 años BP. A chamán o artista, a cuyo «linaje» quizá pertenecieron los que decoraron la cueva de Pindal (Ribadedeva, Asturias), figurando el perfil de un proboscideo con una pigmentación rojiza, «cordialmente» situada sobre su lomo. El propio H. Breuil no se resistió a motejar la figura como *elefante enamorado*. Ello prueba que incluso en el arte cuaternario los prehistoriadores parecen dar importancia a los asuntos del corazón. Remitimos a la bibliografía correspondiente.

En la misma pared podía identificarse otro grabado, ahora un pez, cuya posible interpretación ha dado asimismo lugar a singular bibliografía. Los expertos no se han puesto aún de acuerdo sobre si se trata de un salmónido (*Salmo salar* L.), una lubina (*Morone labrax* L.) o un tiburón peregrino (*Cetorhinus maximus* Gunn.) o momo. Esta última identificación es la más acorde con nuestra particular revisión.

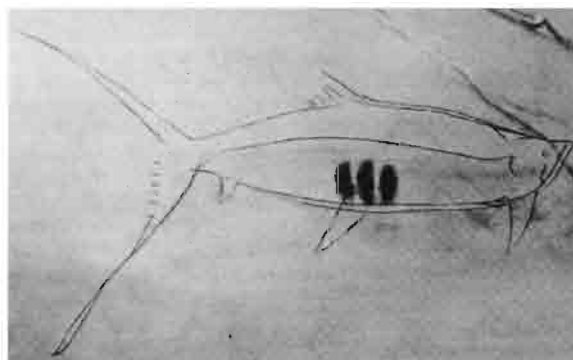
Cabe pues observar que la gruta o caverna de utilización prehistórica por un artista chamán o brujo puede dar pie a especulaciones y estudios sin cuento, incluso apelando a unicornios desdibujados, cha-

manes lidiadores como el del Pozo de Lascaux e incluso ciervas acéfalas, como las que F. Jordá vislumbró en la cueva de La Lloseta o La Moria (Ribadesella), pero también tildarlas de *caricaturas humanas*, que muy bien pudieron trazarse en momentos de relajación.

ARTE PREHISTÓRICO Y ANTROPOLOGÍA DE GÉNERO

Tanto la evidencia arqueológica como la investigación sociológica de los últimos años han permitido insistir, sobre todo ante concretos sectores de la investigación en los que se ha suscitado particular interés por averiguar el papel que pudo jugar la mujer en la sociedad paleolítica humana. De aquí que haya surgido, a veces un tanto desabridamente, la llamada antropología o arqueología *de género*, con la que se pretende otorgar a la mujer un papel que realmente pudo corresponderle en la Prehistoria, e incluso ver cómo en ocasiones se ha desmerecido este, ante una concepción *androcéntrica* no solo de la Prehistoria, sino también de la Historia.

No quisiéramos cerrar este trabajo sin hacer alusión a tal circunstancia, tanto más cuando en determinada ergología prehistórica ha venido conociéndose documentación singular que quizá afecte a teorizaciones vigentes en torno a la cuestión, más desde que hace ya algunos años logró particular importancia la llamada *teoría de la Eva mitocondrial*, que incluso se ha llegado a sacar de quicio a la hora de revisar realizaciones en parte consagradas. Sin embargo, es obvio que nuevos descubrimientos en el arte rupestre pleistocénico dan pie para plantearse origen y motivación de alguna de las representacio-



Ictiomorfo figurado en la cueva del Pindal (Ribadedeva, Asturias), cuya significación ha suscitado numerosas interpretaciones con vistas a identificar su especie. Atribuido al horizonte magdalenense.

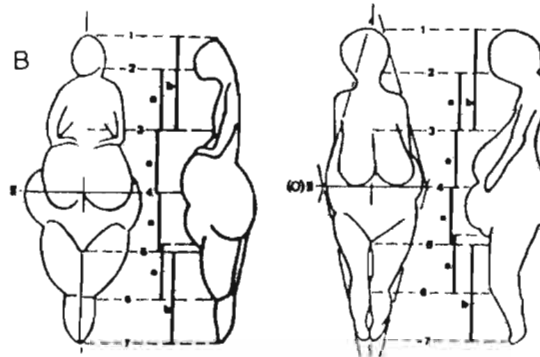
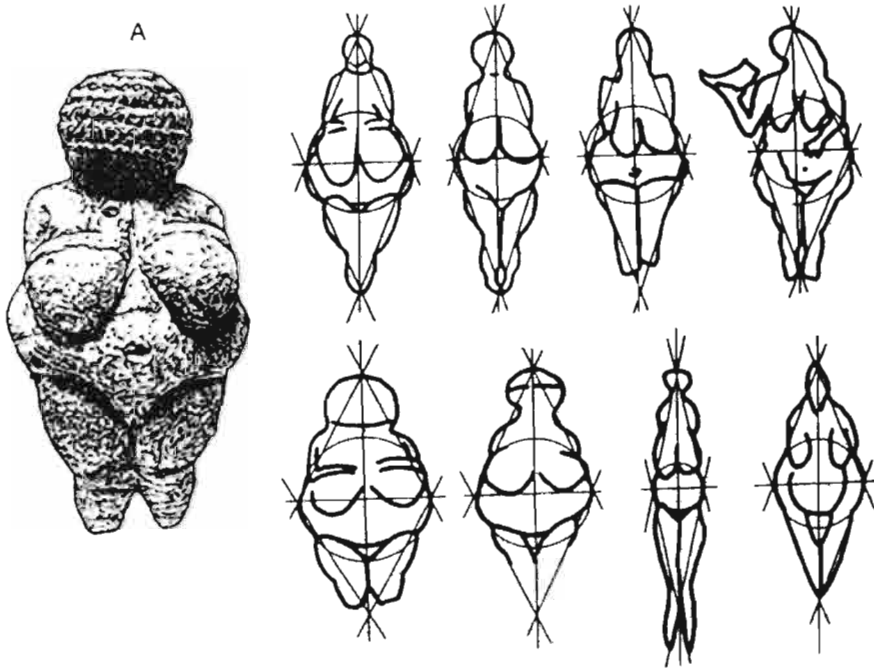


Cabecita en marfil, posible resto de una delicada representación femenina encontrada a inicios del siglo XIX en Brassempouy (Landas, Francia). Su belleza perenne y formal la ha hecho merecedora de figurar en la filatelia francesa contemporánea.

nes, incluso si algunas —pongamos por caso las llamadas representaciones y esculturas *de bulto redondo* conocidas como *Venus paleolíticas*— pudieron obedecer a instituciones particulares de la Edad de Piedra, que, por otra parte, en manera alguna se han podido conocer hasta hoy, como tampoco cabe hablar de la existencia de organizaciones gerontocráticas, patriarcales o gineocráticas. Lo más probable es que unas y otras se presentasen diseminadas a lo largo y ancho de la ecúmene.

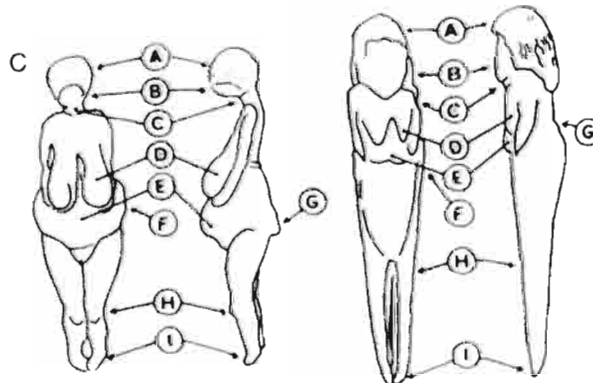
Diremos solamente que hoy por hoy se desconoce el papel real que pudo tener la mujer en el grupo humano, incluso considerándolo a un nivel inferior como los pánidos que durante años ha podido estudiar *ad nauseam* la primatóloga Jane Goodall en Kenia.

No obstante, es indudable que tuvo un papel concreto dentro de la comunidad a la que pertenecía, en la que no es lo mismo nacer en cuerpo de hombre que en cuerpo de mujer. Ello justifica quizá, pero no demasiado, que hoy se hable de una *arqueología de género* (*gender archaeology*), en una nueva epistemología de la Prehistoria, de acuerdo en parte con mi



Kostienki

Malta



Antropomorfos femeninos: *venus* gravenienses. A. Esquema constructivo de las esculturillas femeninas según Leroi-Gourhan: Lespugue, Kostienki, Dolní-Věstonice, Laussel, Willendorf, dos piezas de Gargarino, Grimaldi. B. Iconometría de las figurillas femeninas: Lespugue y Kostienki. C. Elementos comparativos entre las esculturillas «clásicas» y las siberianas, según Delporte (SANCHIDRIÁN, 2001).

inolvidable colega M. Gimbutas, cuya obra me cupo el honor de traducir y fundir al castellano. Tal postura no resta respeto a exposiciones recientes propugnadas por Margaret M. W. Conkey, Janet Spector, Linda P. Conroy y la española M.^a Eugenia Sanahúja Yll³³, considerando sus respectivas aportaciones en un justo término, en el que se otorga a la mujer, dentro de la sociedad paleolítica, un papel hasta ahora escasamente conocido, con excepción quizá de su presencia en la simbología y figuración ante un arte

rupestre y mueble cuya autoría, al igual que muchos útiles e instrumentos de la vida cotidiana, pudo ser tanto femenina como masculina, particularmente a partir del Paleolítico superior.

De aquí que concluya estas páginas preconizando la posible participación femenina en la elaboración del arte paleolítico, rupestre y mobiliario, a la vez que su intervención en «instituciones» como el mismo *chamanismo*, amén de actuar de curanderas de almas y cuerpos en su concreto contexto social.

³³ SANAHÚJA YLL, M.^a E. (2002). *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*. Cátedra. Madrid.